

LA POSICIÓN DE BRASIL EN LOS GRANDES CONFLICTOS DE NUESTRO TIEMPO*

HELIO JAGUARIBE

1. LOS CONFLICTOS DE NUESTRO TIEMPO

Doble polaridad

AFECTAN AL MUNDO contemporáneo innumerables problemas y conflictos provocados por la modernización que viven las principales culturas —con la pérdida consecuente de las normas tradicionales que las regulaban— y la unificación económica y tecnológica del planeta. Esto ha dado lugar al desequilibrio en muchos Estados (150 aproximadamente), soberanos en teoría, en los que se reparte la población mundial. Esos conflictos, que se derivan de múltiples factores y tienen características muy diversas, están condicionados por una doble polarización: Este-Oeste y Norte-Sur.

Por encima de la igualdad teórica de la soberanía de los Estados, hay una gran polarización de los países en dos bloques contrapuestos bajo las hegemonías de la Unión Soviética y de los Estados Unidos de Norteamérica. Queda entre ellos un impreciso grupo de naciones, las llamadas del Tercer Mundo, que procuran situarse, con mayor o menor éxito, fuera de la adhesión automática a cualquiera de los dos bloques. Éste es el cuadro del conflicto Este-Oeste.

Por otro lado, y sin perjuicio de la unificación económica y tecnológica del mundo contemporáneo (en realidad como uno de los efectos de esta unificación), en las naciones contemporáneas, en especial las que no se encuentran bajo la hegemonía soviética, se distingue un pequeño grupo de países muy desarrollados, que se hallan en la era post-industrial, situados, la mayor parte, en el Hemisferio Norte, y un gran número de países de escaso desarrollo, que se encuentran en un estado pre-industrial, situados en el Hemisferio Sur. Éste es el cuadro del conflicto Norte-Sur.

Esta doble polarización del mundo se deriva de causas específicas, aunque pueden cruzarse factores y efectos de los conflictos Este-Oeste y Norte-Sur. La singularidad de esos dos grandes conflictos puede discernirse claramente en términos empíricos y analíticos, además de ser reconocida ampliamente como tal. No obstante, hay quienes afirman —tomando en cuenta los intereses mundiales de Estados Unidos— que el conflicto Este-Oeste abarca todo el mundo; así piensan el presidente Reagan y algunos de sus partidarios. Desde este punto de vista, los problemas vinculados con la polarización Norte-Sur

* Traducción de Graciela Salazar.

deberían derivarse del antagonismo entre los dos grandes bloques y, en general, deberían producirse por la injerencia subversiva de la Unión Soviética en los asuntos internos de los países subdesarrollados. En el lado contrario —teniendo en cuenta otro tipo de intereses, como los del presidente Fidel Castro y algunos de sus partidarios— afirman otros que el conflicto Norte-Sur afecta a todo el mundo. Lo que se encontraría en juego, en última instancia, sería el conflicto entre el imperialismo estadounidense y sus partidarios internacionales (Norte) con el empeño emancipador de los pueblos oprimidos (Sur), bajo el liderazgo liberacionista de la Unión Soviética.

Ante la necesidad de circunscribir este artículo a los límites que me he impuesto, no creo necesario dedicar mayor atención a los intentos engañosos de reducir el mundo de manera simplista a esta doble polaridad. Como dije arriba, algunos de los factores y consecuencias de los conflictos Este-Oeste y Norte-Sur se cruzan a veces sin que esto signifique que unos subordinen a otros.

El conflicto Este-Oeste

Por largo tiempo, el conflicto Este-Oeste se entendió como consecuencia de la oposición ideológica entre el liberalismo democrático (cuyo principal apoyo era el capitalismo estadounidense) y el comunismo marxista-leninista (cuya base era el autodenominado socialismo de la Unión Soviética). Esta visión del mundo, que predominó hasta el final de los años cincuenta, la sustentan hoy solamente los partidarios de las superpotencias. Existe en la actualidad, entre los estudiosos de las relaciones internacionales y la opinión pública más ilustre, el consenso básico de reconocer que el conflicto Este-Oeste se deriva precisamente de la existencia de ambas superpotencias, independientemente de la valorización positiva o negativa de los regímenes que imperan en cada una de ellas, y de la tendencia de ambas hacia la hegemonía mundial. Las superpotencias se dirigen, por su misma condición, hacia la disputa por la hegemonía mundial como objetivo supremo, y, como el mínimo inmediato, a la preservación de la supremacía en su respectivo bloque de aliados y satélites. Buscan, además, preservar la invulnerabilidad estratégica, entendida ésta como invulnerabilidad territorial que solamente puede verse afectada por el mutuo aniquilamiento.

Si se reduce a lo esencial el análisis de las principales características de las superpotencias, puede observarse que éstas tienen rasgos muy diferentes en sus regímenes de poder, internos o externos, y aspectos bastante similares en su relación como centro de cada uno de los bloques con sus respectivas periferias. En el sistema interno y externo estadounidense, el poder tiene por base el consenso, fundado en la solidaridad de intereses que existe entre los sectores dirigentes de la comunidad, y en los valores que se derivan de la inserción compartida en la cultura occidental. En el sistema interno y externo soviético, el poder se deriva de una relación circular cerrada entre la ideología legitimadora y el partido que la representa y administra. El poder en el sistema estadounidense tiene las características de un acuerdo contractual entre los grandes ac-

cionistas de una corporación, legitimado por decisiones de asamblea general, pero donde los accionistas son los que tienen el control efectivo. El poder en el sistema soviético tiene la característica de un mandato pontificio conferido por un colegio cardenalicio que opera en nombre y bajo la legitimación de un sistema religioso.

Sin embargo, si se observa el interior de los bloques estadounidense y soviético, hay mucha similitud en las relaciones entre el centro respectivo y la periferia. En ambos casos, la relación es muy asimétrica y hay grados de dependencia mayor o menor de las periferias con el centro respectivo.

Señalada la similitud, cabe mostrar dos diferencias importantes. La primera se refiere al centro de cada uno de los bloques. En el bloque estadounidense existe un monocentrismo estratégico (Washington), pero a la vez un pluricentrismo económico y cultural del que participan los principales países europeos. En el bloque soviético, Moscú es el único centro. Sin embargo, es importante señalar que la relación centro-periferia es unilineal en el caso soviético y ahí se encuentra la segunda diferencia. De manera monolítica, envuelve el conjunto de decisiones que tienen implicaciones políticas importantes, aunque deja un margen amplio en la periferia para la singularidad económica y cultural de las sociedades que la integran. Por el contrario, el caso estadounidense permite autonomía variable en las relaciones del centro con la periferia por su flexibilidad, pero éstas son omnímodas y penetran en el dominio social desde la economía hasta la cultura.

Ambos sistemas imperiales presentan en la actualidad un gran contraste entre el crecimiento ininterrumpido de su poder militar, de su economía y tecnología, y el descenso acelerado y progresivo de su legitimidad en su bloque respectivo y en la apreciación interna de sus propios ciudadanos. Esta desproporción cada vez mayor entre el poder y la legitimidad, tiene graves e innumerables consecuencias en donde resalta el aumento de la inestabilidad del sistema internacional y el peligro de una guerra nuclear. Al parecer, a la larga, la historia se dirige a invalidar el proyecto hegemónico de cada una de las superpotencias, aumentando la autonomía de la periferia de ambos bloques y, en el caso estadounidense, la de centros alternativos en relación con Washington. En ambos casos se manifiesta en los dirigentes supremos el propósito de alcanzar esa huidiza hegemonía mundial antes de que desaparezcan las condiciones para lograrla. De ahí el riesgo de una progresiva inestabilidad mundial y la sombra de la guerra durante la etapa final de este siglo.

El conflicto Norte-Sur

El conflicto Norte-Sur es, en esencia, resultado de la asimetría estructural "auto-privilegiante" y "auto-perpetuante" entre los países desarrollados del Norte y los subdesarrollados del Sur. Esta asimetría se deriva de las condiciones en los modos de producción de bienes y servicios y en las relaciones de intercambio, así como en el sistema de retroalimentación en la producción y reproducción de la cultura, en virtud de las cuales la productividad *per capita* en el Nor-

te tiende a ser en promedio doce veces superior a la del Sur. Según la opinión de casi todos los analistas, la tendencia es aumentar ese diferencial de productividad en vez de reducirlo. Son varias las causas de este fenómeno, todas ellas de carácter histórico. La diferencia de productividad prácticamente no existía a finales de la Edad Media entre los principales países europeos y otras sociedades con gran cultura, fueran occidentales o no, como las islámicas, budistas o la china. Esa diferencia se configura con la revolución mercantil, se agranda con la revolución industrial y se acelera con la actual revolución científica y tecnológica.

En los países subdesarrollados del Tercer Mundo es especialmente interesante el caso de América Latina. En esta parte del mundo se encuentra, casi exclusivamente, la combinación de sociedades de cultura occidental con estructuras sociales del tipo tercermundista. Para los fines de este trabajo no importa aclarar las causas históricas de esta situación. Solamente mencionaré dos factores importantes. El primero se relaciona con los orígenes y la naturaleza de la colonización de América Latina. Ésta —con raras excepciones como Argentina— se caracterizó por un dualismo estructural que comprendía un grupo superior formado por el conquistador español o el conquistador portugués, y un grupo inferior constituido por el indígena nativo o el esclavo de origen africano. Este dualismo estructural demoró el surgir de una clase media independiente y más numerosa, que se logró en los primeros treinta años de este siglo; sólo en la actualidad se incorporaron las grandes masas a la civilización de sus respectivos países.

Otro factor muy importante en el atraso relativo de América Latina es el éxito extraordinario que tuvo su economía primario-exportadora hasta la crisis de los años treinta. Ese régimen económico era tan ventajoso que, en cuanto optimización capitalista, no había más que mantenerlo y perpetuarlo mientras las condiciones internas y externas fueran favorables. De ahí la relativa inmovilidad económica, social y cultural que preservó las estructuras semicoloniales en América Latina hasta bien entrado el siglo XX.

2. EL INTERÉS BRASILEÑO

Características básicas

Brasil es una sociedad occidental latinoamericana del Tercer Mundo. La dualidad entre la condición occidental y la de país del Tercer Mundo constituye, en términos genéricos, la característica básica de Brasil. A esa condición se encuentra vinculada buena parte de los rasgos más importantes del país. Se encuentra así, por un lado, una élite de estilo europeo en la que sobresalen personalidades que pueden competir internacionalmente en cualquier campo del saber y la técnica; por el otro, contrasta la condición casi asiática de las grandes masas desprotegidas que perciben apenas una fracción del ingreso nacional (el 12 % para el 50 % de los más pobres), sin que tengan prácticamente ninguna participación en los beneficios de la civilización brasileña. País extre-

madamente heterogéneo, Brasil tiene información estadística exacta pero que no representa la realidad porque son meras cifras y promedios detrás de los que se ocultan extraordinarios contrastes sociales. De ahí la urgente necesidad de un desarrollo económico totalmente nuevo, capaz de convertir, con tanta rapidez como sea posible, las grandes masas marginadas en una población productiva que participe en todos los ámbitos de la vida nacional.

Esa necesidad urgente de un desarrollo económico y social original contrasta con las condiciones de recesión a las que se dirigió el país por la crisis internacional de los últimos años y por la política establecida por el Fondo Monetario Internacional. El país necesita encontrar rápidamente un camino que lo conduzca a nuevas formas de desarrollo compatibles con su crecimiento demográfico, con las demandas básicas de las grandes masas, y con la restauración y el fortalecimiento de su autonomía interna y externa.

Al enfrentarse con presiones internacionales preparadas por las instituciones que imprimen unidad a los intereses de los países industriales, Brasil necesita de inmediato elevar su margen interno y externo de autonomía para reducir su vulnerabilidad internacional. En un mundo de liberalismo de un solo camino, en el que los países internacionalmente competentes están protegidos por su condición de superpotencia o por su ingeniosa concertación regional, Brasil se encuentra indefenso, aplastado por el peso de su deuda externa e inhibido internamente por los aliados del imperialismo y del neocolonialismo que se encuentran entre sus ciudadanos, que impiden adoptar políticas defensivas de las que se carece en la actualidad.

Debemos añadir la particular situación de Brasil como país industrializado, pero todavía de forma incompleta, que carga en su centro gigantescas áreas de atraso y pobreza, lo que hace de él un país bastante singular en el escenario internacional. Se nos están imponiendo los costos de un desarrollo que todavía no conseguimos, y nos están privando de los beneficios de un subdesarrollo que todavía no logramos superar. Consecuencia de esta ambivalencia es que nos encontramos en la actualidad como portadores de intereses universales que trascienden el localismo nacional y aun el regional, sin que dispongamos, a la vez, de recursos adecuados para defender universalmente nuestros intereses.

Brasil en el conflicto Este-Oeste

Brasil es un país de cultura y estilo de vida occidentales, profunda e irreversiblemente vinculados con los valores de la tradición helénica y cristiana. Somos y queremos ser una sociedad abierta, fundada en principios de libertad y racionalidad, con la aspiración de instituir igualdad entre todos los hombres, y de organizarnos políticamente bajo el escudo de una democracia social que preserve los derechos individuales y que sea celosa de los intereses sociales.

Al enfrentarnos con el conflicto Este-Oeste, tenemos ante todo que proceder a una juiciosa selección de valores e intereses que conserve nuestro compromiso con Occidente sin volvernos por eso satélites de alguna facción, para

poder contribuir a mantener la paz y un equilibrio estratégico que evite el predominio incontrolable de cualquiera de las superpotencias, y el peligroso debilitamiento de Occidente.

Ante las enormes presiones externas, producto de nuestro excesivo endeudamiento y de nuestra continua dependencia en energéticos, tenemos que reducir nuestra vulnerabilidad internacional si queremos preservar y ampliar nuestra autonomía interna y externa. Sin embargo, tenemos que ejercitar con lucidez y determinación la autonomía que tenemos si queremos ampliarla y reducir nuestra vulnerabilidad internacional.

Brasil en el conflicto Norte-Sur

Como país occidental del Tercer Mundo, somos profundamente solidarios con el conjunto de países que lo integran y, principalmente, con los de nuestra región, América Latina. Esto no significa que todos nuestros esfuerzos por el desarrollo deban llevarse a cabo con procedimientos conjuntos con los demás países del Tercer Mundo y de nuestra América. Sin perjuicio de las ventajas de un "multilateralismo" bien entendido, como recurso defensivo de los intereses generales del Tercer Mundo y especialmente de América Latina, Brasil puede y debe tener iniciativas autónomas propias para promover su desarrollo al adoptar políticas adecuadas.

Se desprende de la conciencia que tenemos como país tercermundista la comprensión de que nuestros intereses deben formularse y defenderse sobre bases que en principio convengan a los demás países del Tercer Mundo y de América Latina que se hallen en las mismas condiciones que nosotros. Y no a causa de una ética abstracta, sino porque comprendemos claramente nuestra realidad. Por otra parte, no significa esto que debamos esperar todo de los demás o depender de ellos. Significa no ceder a la falacia de componendas con países industrializados, en apariencia astutas, que se hacen al precio de traicionar los intereses del Tercer Mundo y de América Latina, como si no fuéramos miembros del mismo universo. Es muy cierto que el Tercer Mundo es una condición y no una desiderata final. Es una condición que, si ostenta las características positivas de las sociedades que la integran, puede ser superada precisamente a base de formas genuinas de desarrollo. Pero éstas requieren que se comprenda la propia condición y se entienda plenamente que la superación del subdesarrollo no se logra con cambios de vestimenta, sino por medio de cambios estructurales de las relaciones de producción internas e internacionales.

Esta condición de país del Tercer Mundo debe, entre otras consecuencias, conducirnos a una contribución activa, a preservar y ampliar la autonomía internacional y no seguir un alineamiento automático con cualquier superpotencia. No importa, para el caso, si como sociedad occidental nuestro reconocimiento de los dos bloques en conflicto es favorable, socioculturalmente, al bloque occidental. Para estos efectos no está en juego nuestro compromiso con los valores de Occidente y el estilo de vida que de éste se deriva. Lo

que está en juego es una mecánica internacional de poder en donde (independientemente de nuestras preferencias culturales) nuestra autonomía depende de que persista un equilibrio internacional entre las superpotencias, y solamente en tales condiciones puede ampliarse.

En verdad, en un mundo marcado por la capacidad de aniquilación recíproca que tienen las superpotencias, sólo con el surgir y fortalecimiento de un tercer grupo de países que estén genuinamente interesados en la preservación de la paz y en la instauración de un orden mundial más tranquilo, se podrá salvar al mundo de su destrucción y conducirlo a un orden pacífico y consensual, situación óptima que deben procurar todos los pueblos.

3. LA POSICIÓN DE BRASIL

Reducción de la vulnerabilidad

La posición internacional de Brasil en la actualidad está marcada, como ya se dijo, por una elevada e inaceptable vulnerabilidad. Dependemos, en un círculo vicioso, de nuestros acreedores para la rotación de una deuda del orden de 100 mil millones de dólares, que sofoca nuestra economía y nuestra sociedad, pero con cuya rotación mantenemos nuestra capacidad para importar la elevada cantidad de petróleo que exige el consumo interno. Resulta evidente la necesidad de lograr una modificación de este estado de cosas tanto para conseguir una renegociación de la deuda, a fin de que sea compatible con nuestros requisitos básicos en lo económico y en lo social, como para reducir nuestra dependencia del petróleo de origen externo, pagadero en moneda fuerte.

La experiencia de Brasil y de otros países indica que el margen de reducción de los intereses de la deuda externa, que puede lograrse por medios convencionales de negociación, es extremadamente reducido. Tal circunstancia no se deriva de la mala voluntad de los acreedores, sino simplemente de que Estados Unidos, a causa de condiciones que le son propias, se encuentra en la singular posición de que es, también, nuestro principal acreedor y determina unilateralmente la tasa de interés. Es cierto que no existe en las autoridades estadounidenses el propósito malicioso de incrementar la tasa de interés para aumentar a nuestra costa las ganancias bancarias. Lo que existe es una resolución, completamente indiferente a sus repercusiones internacionales, de contener la inflación en Estados Unidos a niveles extremadamente bajos e inducir un flujo de recursos líquidos para el dólar a modo de compensar el déficit estadounidense de la balanza de pagos y del tesoro nacional. Tales objetivos se obtienen de manera exitosa manteniendo una tasa elevada de interés, y todo indica que continuará esta situación en el futuro cercano.

Es claro que Brasil necesita, ante tal perspectiva y a fin de reducir su vulnerabilidad internacional, adoptar medidas que no se deriven simplemente de la buena voluntad de nuestros acreedores. La clave para lograr estas medidas es formar en América Latina un polígono estratégico de resistencia que comprenda, mediante una adecuada concertación, países como Argentina, México,

Venezuela y Colombia, para sólo mencionar a los más evidentes. Necesitamos estudiar con urgencia la posibilidad de lograr un acuerdo de cooperación y asistencia recíproca entre un limitado número de países adecuados en América Latina, para que por medio de un volumen importante de intercambio entre tales países logremos un margen importante de sustitución regional de insumos y productos que se han venido importando en dólares. Esto significa que debemos ampliar nuestra disponibilidad de liquidez en las importaciones estratégicas y, en consecuencia, reducir nuestra dependencia de nuevos créditos, así como la rotación ortodoxa de la deuda. En tal situación se reducirá de manera considerable nuestra vulnerabilidad internacional, podrá elevarse en consecuencia nuestra capacidad de negociación externa.

Debe añadirse que todo esfuerzo por reducir la vulnerabilidad internacional debe estar acompañado, como lo comprendió de una manera muy clara en su tiempo el Barón de Río Branco, de una consideración de las condiciones internas y externas que se apegue a la realidad, y del correspondiente esfuerzo por modernizar nuestras fuerzas armadas. Una de las consecuencias importantes del proceso de democratización que felizmente logramos con la elección del doctor Tancredo Neves para presidente de la República, es que se devolverá a nuestras fuerzas armadas su objeto principal, el de la defensa externa del país.

Uno de los efectos más funestos de las dictaduras militares es, paradójicamente, el debilitamiento de las fuerzas armadas como agentes de defensa externa. Se les ha involucrado, indebidamente, en problemas de orden interno de la sociedad, con lo que adquieren un sentido policiaco que las desmoraliza y las hace perder su verdadero sentido militar. Debemos librarnos de una vez por todas del sentido policiaco, pero también es necesario el sentido verdaderamente militar de nuestras fuerzas armadas. Necesitamos un ejército moderno, capaz de contener cualquier propósito de ocupación externa del país. Necesitamos una fuerza aérea y una marina muy eficientes, capaces de disuadir a las potencias extranjeras para que no repitan lo que ocurrió recientemente en el archipiélago de las Malvinas. A la hora de las negociaciones, no basta acumular saldos de comercio exterior y disponer de fuentes alternas para contar con abastecimiento de insumos y productos esenciales. Es preciso también hacer a un lado la amenaza o la práctica de experimentos corsarios, los que podrían, con bajos costos militares o con el empleo de aventureros internacionales, hacernos perder por la fuerza lo que ya estuviéramos en camino de ganar por medio de la negociación.

Universalidad selectiva

Como ya se dijo, Brasil se encuentra en un estadio final de transición hacia su pleno desarrollo, que, entre otras consecuencias, lo conduce a tener intereses universales antes de disponer de recursos adecuados para administrarlos y defenderlos. Esta situación particular de nuestro país exige una solución adecuada que no consista en la restricción maltusiana de nuestros intereses y de-

tenga nuestro crecimiento, ni en una omnipresencia jactanciosa internacional que superaría nuestros medios y dilapidaría nuestros escasos recursos.

Nuestra política exterior, conducida de manera tan competente por el canciller Saraiva Guerreiro, quien sigue la línea de pragmática lucidez inaugurada por el añorado maestro y amigo Tiago Dantas, ya tomó su camino adecuado: le llamaría el camino de universalidad selectiva. No podemos tener una presencia extremadamente dinámica en todas partes del mundo. Sin embargo, como ya lo estamos haciendo, podemos optar por una actuación universal selectiva. Ésta privilegiará a América Latina como región, lo que nos llevará a una relación estrecha con Argentina, México y cierto número de países con los que podemos formar un polígono estratégico de cooperación y asistencia recíproca. Esa política de universalidad selectiva nos llevará a mantener relaciones particularmente estrechas con Alemania Federal y los países latinos de Europa. Nos llevará a una enorme colaboración con Nigeria y los países de habla portuguesa en África, a desarrollar un gran intercambio con la República Popular China, a contar con interlocutores más próximos a nosotros en África del Norte y en el Golfo Pérsico.

Pluralismo con los Estados Unidos de Norteamérica

Para concluir estas reflexiones, desearía señalar que no podemos ilustrar realmente la forma en que pueden encaminarse acertadamente los intereses nacionales brasileños en el actual escenario internacional sin referirnos, aunque sea brevemente, a nuestras relaciones con Estados Unidos. Éstas no derivan su importancia del hecho evidente que Estados Unidos dirige el sistema occidental y, *a fortiori*, el sistema interamericano. Lo que les imprime particular importancia es que los términos de esas relaciones se han modificado rápida y profundamente en los últimos años, sin que haya conciencia de la nueva realidad en ninguna de las dos partes.

Haré una síntesis de lo que, me parece, es la característica actual del nuevo estilo de relaciones entre Brasil y Estados Unidos. Diría que nuestros intereses profundos se tornaron más importantes y más compartidos realmente, mientras que la administración de nuestros intereses corrientes se hizo menos coincidente y, con frecuencia, más conflictiva, aunque no estructuralmente antagónica.

Nuestros intereses profundos se volvieron más importantes y compartidos, porque Brasil consolidó definitivamente como opción socioeconómica el modelo occidental dentro de un capitalismo moderno orientado hacia una sociedad abierta bajo el control regulador de un Estado socialdemocrático. Brasil, como España hace un par de años, está a las puertas de la modernización occidental, de carácter consensual pero imbuida de un profundo propósito de equidad social. Esto hace que Brasil sea una sociedad con cultura occidental, y también una sociedad con modos de producción y de intercambio occidentales. Es aquí donde se encuentran los intereses profundos que compartimos con Estados Unidos, independientemente del carácter aleatorio y pasajero de la

retórica gubernamental que escuchamos ocasionalmente en los dos países.

Brasil dejó de ser una sociedad agraria y apenas está reincorporándose al escenario internacional para convertirse en una sociedad industrial —a despecho de sus enormes y lamentables problemas de atraso—, relacionada activamente con los mercados mundiales, que amplía y diversifica su capacidad de exportación cada vez más orientada hacia las manufacturas y servicios de tecnología avanzada. Esta circunstancia hace de Brasil un competidor de Estados Unidos en muchas actividades y en muchos mercados, incluso en el mercado estadounidense. Dadas las dimensiones del país, esa competencia se siente y se resiente más que la de muchos países europeos. Estados Unidos todavía no ajusta la imagen de Brasil a esta nueva realidad, y, por lo mismo, tiende a reaccionar con frecuencia a causa de irritaciones o intereses coyunturales. Sin embargo, es importante que se dé cuenta de la necesidad de abrir un espacio amplio a Brasil para permitir una administración inteligente de los conflictos que no afecte la compatibilidad de los intereses profundos y comunes.

Ante este complejo nuevo tipo de relación con Estados Unidos, Brasil debe tomar la iniciativa para conciliar los conflictos pasajeros y preservar los intereses comunes profundos. Esa iniciativa implica, evidentemente, nuevas relaciones diplomáticas que pongan de relieve las realidades que antes se mencionaron. Aunque, en realidad, implica mucho más que una relación diplomática. Esto se debe a que, efectivamente, está en juego la existencia de una multiplicidad de cuestiones que no pueden ni deben reducirse a una mera relación diplomática, aunque ésta predomine. Esto ocurre con una sociedad como la estadounidense, que se caracteriza por una gran autonomía de sus subsistemas.

No voy a caer en detalles que están más allá de los alcances de este trabajo. Sólo mencionaré la necesidad de tomar en cuenta, además de la diplomacia, otros tres planos de relaciones con Estados Unidos, que deben ser conducidos por distintos protagonistas brasileños. La relación con la comunidad empresarial, que sitúe las transacciones comerciales y financieras privadas en un ámbito no politizado. La relación con la comunidad científica, que sitúe el intercambio científico y tecnológico, sin criterios políticos o comerciales, en las relaciones académicas. Y, finalmente, la relación con las fuerzas progresistas de Estados Unidos, portadoras de una de las tradiciones más liberales del mundo, que asegure el diálogo amplio y la cooperación entre brasileños y estadounidenses sin influencias del Estado, las empresas o la academia, que impulse un proyecto social y humanista de dimensión mundial del que dependen, en última instancia, la paz internacional y la salvación del mundo.